EL MUTIS DE...
E

El sábado 17 de octubre, la «Pravda» de Moscú publicaba un largo y emocionado artículo de fondo. «Los proyectos de cabezas abovedadas, las conclusiones pueriles y las decisiones apresuradas, las acciones sin relación con la realidad, la jactancia y la fraseología, el autoritarismo y la negativa a tomar en consideración las reflexiones científicas y la experiencia práctica, son cosas extrañas al comunismo. La construcción del comunismo es una empresa viva y creciente. No tolera métodos de dirección desde el fondo de un silo, al tiempo que las decisiones personales y el desprecio con respecto a la experiencia práctica de las masas.» Faltaba un nombre en el editorial, el nombre de una persona a quien aplicar estas acusaciones, pero los moscovitas no tenían ninguna dificultad en interpretar la clave. «Pravda» estaba escribiendo así el epílogo de la carrera política de Nikolái Serguéievich Kruschév. El hombre que durante más de cinco años ha dominado la escena internacional se desvaneció ahora en las sombras del otoño moscovita. Será; le verá algunas veces en la Ópera, recibirás a sus amigos en sus «dichas familiares, pasarás los fines de semana en Ucrania, verás un concierto en el teatro de masas de Moscú: Balagoo, Malaya park, Malco, será un superviviente de sí mismo, como le dijo el otro mundo Macmillan o Truman, Mende-France o Churchill, Adenauer o Clement Attlee. Hombres en cuya marca derecha ha brillado el rey del poder y a quienes ahora ya no les queda más que un puñado de recuerdos. Sin embargo, Kruschév ha estado en la Historia. Sus actos, sus errores, sus aciertos, sus actos y sus palabras, han marcado el mundo. Y han dejado a su país. Sus sucesores tendrán que contar con su herencia.

Hubo una breve época en la que coincidieron en el mundo tres hombres extraordinarios: un italiano que se llamaba Gianni Agnelli, llegó al Papado con el nombre de Juan XXIII, un joven malabarísmo católico de Boston, que sería el Presidente Kennedy, el hijo de un campesino de Kaliyovka, Nicolái Kruschév. Esta etapa, esta rica época histórica, haría ver a los hombres que la guerra no es una solucida, que la paz puede conseguirse a condición de creer en ella. De los tres, él es el más antiguo en el Comité Central, aprendió del poder en los años, descabezados en el momento en que creía que su obra tenía mayor vigencia. Esta época fue reciente, las medias de la Historia, acaba de ser saldada después de tres días de fiebre.

El martes 13 de octubre, Kruschév se encontraba en Berlín acompañando a la ministra francesa que presidía Casor Paleta, cuando supo inesperadamente que un cierto número de miembros del «premio» del Comité Central, haciendo uso de un derecho estatuario, habían convocado una reunión de urgencia. Un avión, se encontraba en una escena que se celebraba a la mano de un hombre que tenía una visión de la situación. Se dice que en esa reunión se tomaron las decisiones de forzar a dimisiones a Kruschév. El acusador fue Sudor —el gran intelectual del partido, el hombre que ha conducido la guerra ideológica contra los chinos— que presentó un cierto número de acusaciones. Ciento a la personalidad, no, no, no, en quería a Kruschév hablaba de su yerno Avvo: un poderoso personaje con poderes que no guardaban relación dentro de su modesta vida dentro del partido, —desde la dirección colegial— y, en realidad, Kruschév no tenía regularidad el premio del Comité Central, y muchas veces sorprendía a sus colegas anunciando publicamente medidas o decisiones de las cuales no tenían la menor idea. La reunión del premio fue seguida, al día siguiente, por una reunión plenaria del Comité Central. Esta reunión se prolongó durante muchas horas. No todos los miembros del Comité —que son siete— dieron estas presentes. Sudor rechazó los cargos. Kruschév tomó su propia defensa. Defensa exitosa: las cargas estaban ya echadas. Probablemente no todos los miembros del Comité Central estarán de acuerdo en la disolución; esta decisión se obtiene de comunicado oficial, el que sólo se habla de una «anulación» al referirse al nombre de Kosygin, pero no acerca los otros acuerdos.

El jueves por la mañana no se sabía nada, al día siguiente de los acontecimientos del Kremín. Pero un grupo de motoristas oficiales se dispersó por Moscú retirando de las calles y de los centros políticos e administrativos el tránsito de Nikolái Serguéievich. Las horas más tarde comenzaban a filtrarse los primeros rumores. En la madrugada llegó el comunicado oficial. A esa hora, en Síngapura, los científicos chinos estaban ya preparando el destronamiento de su primer ministro. El presidente Johnson esperaba las noticias de Moscú al pie del teletipo. En las aguas del Brasil, a bordo del crucero Cuba, algunos estaban en la cámara del Presidente De Gaulle para dar la noticia. El general hizo un comentario en latín: Sr. sen-...
Menos a golpear su pupitre. El episodio impresionó a los diplomáticos de todo el mundo. Pero es curioso que ahora, en el momento de su desaparición de la escena política, en algunos periódicos del mundo australiano se ha retenido aquel episodio con emoción. Para ciertos partidarios de la política internacional, la muerte de la vieja furia diplomática, la negativa a la aceptación de fórmulas estaba representada en esa resolución del zapato.

AY un episodio en la vida de Kruschev cuyo alcance, cuya repercusión en su propia personalidad aún se ignora. Me remito a la crisis de Cuba, al momento en que tuvo el borde de los cierres el estallido de la guerra nuclear. Se sabe que en aquellos momentos escribió una carta a Kennedy: se dice que era una carta asustada, sincera, incluso desgarradora. Es una carta que impresionó profundamente a Kennedy que se ha referido a ella en varias ocasiones pero que jamás ha revelado su texto (se dice que algunos Jefes de Estado la conocen). En aquel momento, los dos hombres de las dos naciones, a punto de desencadenar la peor de las guerras entre ellos, se estremecieron profusamente unos, sorprendieron a los otros, con el instinto de la paz, del poder y de la responsabilidad. Caricatura histórica en el que los dos grandes rivales no encuentran más comprensión que la del año por el otro. Se cuenta que el periodista francés Nicolas Chiratán, que en la Nochebuena del 62 el Presidente Kennedy regaló a sus más íntimos colaboradores un plato de plato donde estaba grabado el calendario de octubre; las fechas del 21 al 28 estaban rellenadas de negro. Las fechas en que Kennedy y Kruschev decidieron dedicar a la consecución de la paz el resto de sus vidas.

Si difícil, hacer un balance de la vida política de Kruschev. Ahora, en estos momentos, todo está aún falso. Se puede pasar fácil y rápidamente sobre sus primeros tiempos, su paso hacia los límites, incluso dentro de los límites —con algunos cursos en la escuela para rocoso—. Cuando en 1918, con una mujer que murió de hambre durante la guerra civil, militante del partido bolchevique, en la cumbre del partido en 1929, fue a asentar en los años siguientes rápidamente en la jerarquía del partido hasta que en 1931 entra en el Comité Central como primer secretario de la circunscripción de Moscú. Desde entonces su carrera es difícil de seguir: la política de la biografía. Es un indudablemente muy próximo a Stalin, pero después se ha escrito que siempre se oponía a Stalin, en su guerra con el rango de general, en Stalingrad. Las últimas biografías oficiales le presentan como un héroe en un esfuerzo trascendental de la revolución de Stalin, más importante que haya conocido nunca la historia; pero, ahora, entiendo que el esfuerzo que se le fue mostrando fue haber exagerado su participación en la guerra para hacer un culto de su propia personalidad. O, por lo menos, de haber permitido que otros eran el verdadero. Kruschev, que combatido el culto de la personalidad de Stalin, ¿ha caldo el mismo en el error?

ETROCEDAMOS dos años, once años. Un día de paso de febrero, es una cita de campo —una cabaña próxima a Moscú— Stalin recibió a algunos de sus más próximos colaboradores. Era un día de descanso. «Stalin se encontraba en plena forma. Era una tarde alegre, y pasamos un buen rato.» Escribe uno de los invitados: Kruschev. Pero unos días más tarde, el 3 de marzo de 1938, Stalin murió repentinamente, dejando en pleno escenario al mundo. Los invitados de la cabaña se convirtieron en el problema de gobierno de Rusia sin Stalin. Todas comprendían rápido que sin Stalin había algo que no podía sobrevivir: el Stalinismo. Todas menos uno, Beria, que no sobreviviría mucho tiempo a su muerte. Se trataba de que el cambio de nodos, de sistemas, el reino al comunismo, se hiciera sin grano daño. De todos los dirigentes, el que menos asociado estaba a Stalin era Kruschev, quizá él que tenía mayor experiencia de mando. Al mismo tiempo parece dispuesto a no convertirse en dictador, a seguir la dirección colectiva. Kruschev fue nombrado secretario general del partido, compartiendo el poder con Malenkov, presidente del Consejo. Kruschev comienza así una larga ascensión al poder supremo, que va a costarle cinco años: tiene que eliminar a Malenkov, luchar después contra el grupo antipartido formado por Malenkov, Molotov, Kaganovich y Cejov. Tiene que hacer desaparecer de la escena política al mariscal Zajov... Pero a poco la vieja guardia que le había elegido, que le había creído fácil de manejar, va desapareciendo de la escena política. Al mismo tiempo va borrando el mito de Stalin y las huellas de su poder: la policía política se repliega a funciones más modestas: los campos de concentración, desaparecen; una nueva encrucijada va apareciendo en las artes y las letras. Kruschev llama la desestabilización en febrero de 1930: es el sexto XX Congreso —el último pasó la «Purificación» anunciando la fidelidad al XX Congreso— y el informe escrito acerca de los crímenes de Stalin. Finalmente, en 1938, Kruschev alcanza el poder máximo: secretario general del partido y presidente del Consejo de Ministros. Su propio paso quinquenal está realizando. Al mismo tiempo, Kruschev aparece como el creador de la desestabilización, en la que ha conseguido grandes éxitos. El nivel de vida del pueblo soviético se ha elevado, la descentralización económica se está contiguiendo, lo
EL MUTIS DE KRUSCHEF

Bienvenida en Moscú a los cosmonautas, Kruschchev levanta a modo de saludo las brasas de Valentina Tereshkova —la primera mujer espacial— y de Václav Bělohradský, en la tribuna del Museo de la Plaza Roja dedicado a Lenin.

Tito había sido condecorado por la Kominform en la época de Stalin. Una de las primeras medidas adoptadas por Kruschchev cuando el desfile comenzó fue la de la reconciliación con la Liga Yugoslava. Kruschchev viajó a Belgrado.

Kruschchev y Nasser. La Unión Soviética, por iniciativa de Nikita Kruschchev, respetó financieramente una empresa cuyo éxito alcanzaría extraordinaria repercusión en los países del Tercer Mundo: la presa ojigica de Assuan.

SIN embargo, es difícil considerar a los acusadores y a los centinela- de Kruschchev como libros de pésco en los errores cometidos. Suvorov ha dirigido la campaña ideológica frente a los chinos, ha redactado los grandes manifiestos ideológicos del Comité Central. Breznev, el hombre de espasa cae y abre la ruta, ha luchado junto a Kruschchev en la campeña agrícola, durante los dos primeros años de la campaña de las «Tierras Virgenes». Breznev permanezca en Kazajstán, realizando las con- signas de Kruschchev. Kosyguina, presidente del Comité, ha dedicado hasta ahora toda su actividad a los problemas económicos y era conocido por su firmeza en los asuntos de Kruschchev... Esto hace temer a muchos observadores que lo malo de Kruschchev no era su política, sino sus métodos. Su «cabeza lúcida», sus conclusiones puntuales, sus decisiones apro- 

El mundo ha despertado: Kruschchev con cierto pesar. «Queda en la Historia como un gran campesino de la paz y de la amistad entre las naciones», escribe el «Patriota» de Nueva Delhi: «Perenci- fica el esfuerzo del pueblo soviético para superar la fase de terrorismo político creada por el сталиnismo» («La Stampa», Italia); «Su política parecía identificarse con la causa de mantenimiento de la paz» («Le Pape- ple», Bélgica); «Había usado de su poder con prudencia, y esa fue su gran obra. Por esta razón el mundo entero le debe agradecimiento» («Daily Mail», conservador, Londres).

Pero la realidad es que esta figura que se desvaneca en el oruro mos- covita no podrá ser juzgada hasta que la historia de este tiempo se se-